

A modo de introducción

Quisiera iniciar este volumen indicando la naturaleza y los límites del mismo. No se trata de un trabajo definitivo ni en él se muestran las conclusiones de largas y dilatadas investigaciones. Es solamente un *ensayo* en el sentido de tentativa o prueba acerca de una posible antropología filosófica a la luz de la categoría del contraste (*Gegensatz*) de Romano Guardini. Una y otra vez insistió el filósofo ítalo-alemán que se consideraran como ensayos¹ muchas de sus indagaciones y así me gustaría que se calificara también a este pequeño libro. En este sentido hago más estas palabras de Guardini:

1. «Como tantas otras veces, también aquí subrayo esta palabra: ensayos. Se me ha acusado de que esto demuestra una falta de responsabilidad. Tal cosa no es verdad; lo que ocurre es que conozco demasiado bien los límites del pensamiento humano y la confusión de la época presente como para nombrar con otra palabra que con la que le resulta apropiada algo que es únicamente un mero tanteo y ensayo». R. Guardini, *Los sentidos y el conocimiento religioso*, Cristiandad, Madrid, 1965, 19. «È così significativo il fatto che nelle opere di Guardini per ben dieci volte sia ripetuto il sotto titolo “tentativi” -nonostante e proprio a motivo di tutto il colloquio intenso, quella nobile distanza, che non vuole far credere di aver detto tutto o addirittura l’ultima parola su qualcun altro». H. B. Gerl-Falkovitz, *Romano Guardini. La vita e l’opera*, Morcelliana, Brescia, 1988, pp. 329-330. Ver también *Mundo y persona*, Encuentro, Madrid, 2000, p. 10.

El trabajo es calificado de propósito como un «ensayo»; todo en él es un primer esbozo. Las tesis y las soluciones están menesterosas, sin duda, de múltiples mejoras. La fundamentación empírica tiene un carácter como accesorio y esquemático; no puede pretender otra cosa que esclarecer las ideas fundamentales y darles vida. Todavía queda mucho por hacer².

Subrayado, pues, el carácter provisorio del escrito, señalamos otro elemento importante. Como se verá, la antropología guardiniana que aquí intentaremos exponer se encuentra muy vinculada a la tradición aristotélica, no tanto en su vertiente metafísica cuanto biológica, y a la escuela personalista en la línea de Buber, Ebner, etc.

Como de todos es sabido, el Estagirita coloca la reflexión filosófica acerca del hombre en el amplio marco de sus estudios sobre los vivientes. Este aspecto de su pensamiento es lo que le une a Romano Guardini a pesar de que los expertos de este último vean más en él a un discípulo de Sócrates, de Platón, de San Agustín o San Buenaventura que a un aristotélico tomista. Sin embargo, captar filosóficamente qué es la vida como realidad dinámica es un propósito común tanto de Aristóteles como de Guardini, y este es el puente que los une aunque una distancia milenaria medie entre ellos. La vida es movimiento y lo que en Aristóteles se explica a partir de un dinamismo inmanente en Guardini se evidencia como una tensión entre polos opuestos que recibe el nombre de contraste (*Gegensatz*). Esta categoría es el eje sobre el que gira nuestro trabajo. Guardini cree haber encontrado en ella el principio a partir del cual poder captar intelectualmente

2. R. Guardini, *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo concreto viviente*, BAC, Madrid, 1996, pp. 63-64.

el dinamismo del viviente y, por ende y específicamente, de aquel viviente que llamamos hombre. No comentamos más sobre este punto ya que vendrá largamente desarrollado en el primer capítulo que precede a la primera parte del libro. Ésta se centra en desarrollar cuatro contrastes generales que comparte el ser humano con plantas y animales. Los denominamos contrastes humanos pues se apoyan más en el hecho de que somos hombres que en el dato de ser personas.

Pero Guardini pertenece también a esa pléyade de autores que renovaron el estudio filosófico del hombre en las primeras décadas del siglo XX. Adscrito a la corriente del personalismo (dialógico) no podemos dejar de señalar su cercanía a Max Scheler³, autor de *El lugar del hombre en el cosmos*, y por supuesto también su proximidad a Martin Buber y su *Yo y tú*. Precisamente, la segunda parte de nuestro volumen se abre con un capítulo donde desarrollamos la noción de persona en Romano Guardini a la que le siguen una serie de contrastes, esta vez sí, específicamente personales. De este modo, si en los primeros capítulos consideramos al ser humano como hombre, hermanándolo con el resto de los vivientes, en los últimos capítulos lo haremos como persona, distanciándolo de éstos.

Junto al contaste (*Gegensatz*) cobra importancia relevante en el pensamiento de Guardini el término *Gestalt* (figura) que viene a ser, salvando las distancias, que son considerables, lo que la sustancia en el ámbito aristotélico. Figura⁴ es, en el caso que nos ocupa, unidad de estructura y función, esto es, individuo viviente.

3. Sobre la relación de Guardini y Scheler ver R. Guardini, *Apuntes para una autobiografía*, Encuentro, Madrid, 1999, p. 45 y p. 56; «Europa y la cosmovisión cristiana» en *Escritos políticos*, Madrid, Palabra, 2001, p. 97.

4. Cfr. R. Guardini, *Ética. Lecciones en la Universidad de Múnich*, BAC, Madrid, 2000, pp. 149-155.

Pero también figura sirve para referirnos a cualidades que afectan a los individuos o modos de vida en que ellos se realizan: la figura del profesor, del niño, del anciano. Las figuras, referidas al viviente, se constituyen a partir de contrastes integrados armónicamente. El hombre es un abanico amplio de contrastes, por lo tanto, de tensiones dinámicas entreveradas íntimamente y de tal suerte, que la resultante es una figura (*Gestalt*) en la que no hallamos fisuras en sus partes ni desconcierto en sus actividades y procesos, sino una armoniosa unidad. Esta es posible gracias un centro vital interno que integra todos los elementos del ser vivo y que la tradición filosófica ha llamado alma. El libro intenta evidenciar los contrastes nodales que dan lugar a la figura humana. Todo lo anterior explica las aparentes reiteraciones que quizás puedan darse entre los diversos capítulos. Es imposible evitarlas y es bueno que así suceda, pues verifican nuestra hipótesis de que, tras una aparente simplicidad, el ser humano esconde una infinidad de elementos y procesos que remiten unos a otros alcanzando una altísima coordinación vital.

No hay que esperar de las próximas páginas mucho más que lo dicho, esto es, una profundización en el concepto de contraste y en su aplicación al ser humano en cuanto hombre y en cuanto persona esperando con ello una comprensión filosófica de su figura. Los contrastes que desarrollamos podrían no ser los únicos y quizás ni siquiera los más importantes. Nos movemos siempre en el ámbito de un ensayo intelectual, en el sentido originario del término, y de constatar la fecundidad que, en orden a la comprensión de nuestra realidad, este acercamiento puede posibilitar.

Queda una cuestión por tratar antes de finalizar esta introducción. El lector, a buen seguro, se preguntará durante su lectura qué hay de Guardini en lo escrito y qué hay del autor. Se puede responder a este interrogante aludiendo a uno de los

conceptos que verán analizados en este volumen: el encuentro. Este libro es fruto del encuentro del autor con una de las figuras más relevantes del siglo XX en lo que se refiere al pensamiento católico. En cada página está presente Guardini pero también en todas ellas se puede adivinar la presencia de quien redacta estas líneas. Quizás el siguiente aforismo pueda arrojar luz sobre el asunto: «un discípulo no se reduce a su maestro pero no se explica sin él». El libro es fundamentalmente una exposición del pensamiento de Guardini, pero la sistematización de sus ideas, la estructura del volumen, el ensayo de una antropología estrictamente filosófica a la luz del contraste es propia.

Con lo dicho damos una idea general de lo que pretende esta obra, de su estructura y de su contenido. No se aspira a más en una introducción y de ahí que la demos por concluida.